

JOSE LLAMPAYAS,
EL BARDO DE LA MONTAÑA MADRE

por

JUAN DOMINGUEZ LASIERRA

«Cuando la Gran Guerra se vengó de la Paz Armada —verano del 14—, era yo un peregrino de la nueva fe y un almogávar de la reconquista ibera, pero no hermano en la «Cofradía del Rosario». Para merecerlo tenía que purificarme. Necesitaba triunfar de los diablos modernos y de los dioses jubilados. Ora desfallecía ante el fárrago libresco y un tanto exótico de ironías al uso, ora batallaba contra el poder espectral de los antiguos ideales muertos, y estas dudas entorpecían mi paso, mi peregrino viaje hacia la verdad abarqueña. Por fin, cierto día de buen sol, anda que andarás, llegué a encontrarme con el Pirineo, y desgarrando el vestido en los breñales y aventando mis ideas, trepé a la más alta cumbre. Europa ardía; loqueaba la pobre (...). ¡Cristo, qué guerra, y qué desenlace, y qué himeneo! Confieso que sentí asco. Descendí al valle. Y puesto el sayal, calzadas las abarcas y empuñando un cayado, hice el retorno discurrendo las novelas de la Montaña Madre. Desde entonces, desde que soy un hombre casi primitivo, tengo a menos el ser incrédulo, y rezo con fervor: «Creo en ti, ¡oh, Tierra!, como en la madre de cada una de todas las tierras; sólo tú vas con el tiempo y eres arcana»¹.

El peregrinaje hacia la «verdad abarqueña» con que José Llampayas, convertido en personaje-narrador de su *Pilar Abarca*, nos introduce en un Sobrarbe mítico, santuario de tradiciones ancestrales contra un mundo en descomposición, viene a repetir, en el plano simbólico y mitológico en el que su novela se desenvuelve, la propia peripecia vital del escritor, quien también, en esas tierras del viejo Sobrarbe, encontró su personal refugio.

Porque José Llampayas, uno de los grandes cantores de las bellezas, costumbres y mitologías montańesas de nuestro Pirineo, no fue

1 *Pilar Abarca*, págs. 11-12.

aragonés, como podría suponerse de quien tantas páginas dedicó a esta tierra, y de quien de tan exaltado modo las describe y elogia, haciendo suyos sus afanes.

José Llampayas nació en Barcelona, el 3 de abril de 1883, y será la búsqueda de su salud la que le llevará a radicarse en tierras altoaragonesas, surgiendo del contacto con ellas el definitivo cauce de una vocación literaria que, si en él se había despertado ya a una temprana edad, sólo encontraría su realización completa en el entorno sobrarbeño.

No son muchos los datos con que contamos para una referencia biográfica del escritor². De los nueve a los quince años compone versos; a los dieciocho, abandona a la vez los versos y la carrera de Derecho iniciada, que más tarde terminará con rapidez. Ya abogado marcha a Berlín, donde una fiebre pertinaz le obliga a regresar a Barcelona tras ocho meses en la capital alemana. Pero la cercanía del mar no es favorable a su restablecimiento y el consejo facultativo le dirige hacia las tierras altas. José Llampayas, atraído por la figura de Costa, una de sus grandes devociones, quien había muerto unos meses antes, fija su residencia en Graus. Desaparecida la fiebre tras unos meses de estancia en aquella población, regresa a Barcelona, donde de nuevo la fiebre hace acto de presencia. Decide entonces su regreso al Alto Aragón, resuelto a pasar todo un año. Pero se enamora del Sobrarbe y en Boltaña permanecerá once años, ejerciendo la abogacía y descubriéndose escritor del alma y de la historia del viejo reino.

Sus primeros artículos los publica en la prensa zaragozana y regional. Más tarde, Ortega y Gasset —tras el eco obtenido por su novela *Pilar Abarca*— recomienda a Llampayas como cuentista y cronista para las páginas del prestigioso diario madrileño *El Sol*, donde colabora por espacio de dos años. Muchos de los trabajos allí aparecidos serán recogidos posteriormente en su volumen *Mosén Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón)*. Con su cuento «Las salvachinas» participará en el certamen literario convocado por *Heraldo de Aragón*, consiguiendo el primer premio de cuentos. El relato premiado sería publicado en el diario zaragozano el 2 de enero de 1923, junto al trabajo galardonado en la modalidad de poesía, «La gesta de los Pirineos», de Ramón J. Sender. «Las salvachinas» integrará también uno de los «cuadros» de *Mosén Bruno Fierro*.

José Llampayas había dado a conocer en 1919³ su primera y destacada novela, *Pilar Abarca (Nieta de un rey)*, publicada por Editorial

2 Véase la introducción a «El oso del señor Gimson», *La Novela Mundial*, n.º 56, Madrid, 1927, texto sin firma, pero presumiblemente redactado por el director de la colección, José García Mercadal.

3 El libro va sin fecha, pero una crítica de Ricardo del Arco («Letras aragonesas. Las Novelas de la Montaña Madre. *Pilar Abarca [Nieta de un rey]*, por José Llampayas»), en *Heraldo de Aragón*, 14 nov. 1919, nos permite fecharla en dicho año.

Ibérica de Barcelona, que el autor proyectó como la primera de una serie que tituló *Las novelas de la Montaña Madre*.

El libro mereció los elogios de ilustres personalidades de la política y las letras. Ortega y Gasset —como ya hemos dicho— le abre las puertas de *El Sol*. Cambó, Antonio Maura, Bonilla San Martín, Azorín, Felipe Aláiz... no le ahorran aplausos. El escritor y crítico José Francés la saludaría como «obra maestra de la moderna literatura castellana» y Díez Canedo la emparentaba con la novela regionalista de Pereda, lo que no resultaba exacto pese a la evidente carga costumbrista de la obra de Llampayas. Porque frente al realismo idealizado del santanderino, Llampayas alzaba su obra con un componente simbólico, mitológico y aun mesiánico que no eran propios del novelista montañés. En este sentido, la *Pilar Abarca* de nuestro escritor estaría, como ha escrito J. C. Mainer⁴, en la línea de la *Ben Plantada* d'orsiana, publicada en 1911, si no en el estilo, en lo que los personajes femeninos de una y otra novela venían a querer representar: una misma categoría simbólica. La Teresa d'orsiana, encarnación de Cataluña y el espíritu de lo mediterráneo; Pilar Abarca, el Alto Aragón y sus tradiciones ancestrales. Por otra parte, *Pilar Abarca*, al igual que era costumbre en las obras de D'Ors, fue el resultado de una serie de crónicas o glosas que Llampayas había publicado previamente en la Prensa. La novela fue compuesta de una selección de las «Crónicas montañesas» y de las «Crónicas de Pilar Abarca (Nieta de un rey)» que Llampayas había dado a conocer en diversos diarios regionales. Otro tanto sucedió —como ya quedó dicho— con su *Mosén Bruno Fierro*.

Pilar Abarca hizo su aparición como primer título de la serie *Las novelas de la Montaña Madre*, lo que presumía la escritura de otras. Como tal apareció anunciada, en preparación, la que había de titularse *Francho Cor, el celtíbero*, que, al menos según nuestras noticias, no llegó a publicarse. No obstante, dicha segunda novela de la Montaña Madre tuvo una parcial realización en *Francho Mur*, publicada en *La Novela Mundial* (n.º 128, Madrid, 1928), colección de novela corta dirigida por el aragonés José García Mercadal. *Francho Mur* no era otro que el padre de *Francho Cor*, lo que permite suponer que la novelita publicada en la colección de García Mercadal sería la primera parte del proyecto de *Francho Cor, el celtíbero*. El por qué no llegó a realizarse esta segunda novela de la Montaña Madre no lo sabemos, pero que la idea de una continuidad de la novela de los Franchos estaba en la intención del autor nos lo reafirma el hecho de que, en 1941, aparece, en una relación de novelas de Llampayas en preparación, la que lleva por título *Francho Mur y Francho Cor*. Digamos también que el ya citado cuento «Las salvachinas» —premiado en el certamen de *He-*

4 *Los aragoneses*, Istmo, Madrid, 1977, pág. 341.

raldo de Aragón e incluido en *Mosén Bruno Fierro*— venía a ser una especie de esbozo de *Francho Mur*.

Tras *Pilar Abarca*, publica José Llampayas su *Mosén Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón)*, editada en 1924 en la Colección Argenso-la, también de José García Mercadal, y donde hay que distinguir, por un lado, las crónicas y cuentecillos referentes a Mosén Bruno, un personaje real, el «cura de Saravillo», que ejerció su ministerio en la montaña pirenaica a lo largo de sesenta años (1830-1890), y cuyas andanzas y hechos la tradición popular ha convertido en leyendas; y por otro, diversos cuadros de costumbres y relatos de sucedidos monta-ñeses.

Pilar Abarca, Mosén Bruno Fierro y Francho Mur constituyen la «obra literaria aragonesa» de Llampayas y, sin duda, su mejor aporta-ción narrativa, en la que alcanzó su mayor talla de escritor. Publicó, además, varias novelas cortas. En *La Novela Mundial*, *El oso del se-ñor Gimson* (1927), donde también aparecen escenarios aragoneses, y *El violín de Emmy* (1927). Otros títulos suyos, *Elena y los tres arque-ros (Novela del Año I)* y *El rapto de las Walkyrias (Anticipo de una novela para los lectores de 1950)*, publicada en 1929 en la colección *Novelistas Españoles*, relato contra el feminismo de aquellos años, y que apareció en un volumen que reunía dos anteriores publicaciones de Llampayas, *El violín de Emmy* y *El oso del señor Gimson*, más el cuento «La última víctima». Es esta una producción menor del autor, dentro de esa línea de literatura galante, con leves toques críticos so-bre las costumbres de la época, habitual en las colecciones de novela corta de esos años.

El aragonismo de Llampayas también alcanzó a su producción de obras biográficas. En este género escribió, *Goya, su vida, su arte y su mundo* (1943); *Jaime I el Conquistador* (1958); *Alfonso X (El hom-bre, el rey y el sabio)* (1958), todas ellas en la colección *Novelas y Cuentos*, y *Fernando el Católico* (Col. *La España Imperial*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1941). Preparaba, además, *Alto Aragón (Figuras y paisajes)*, *Peñascos de España* (versos), la ya citada *Francho Mur y Francho Cor*, y *El solitario de Villamunt (Novela del Año II)*.

José Llampayas, el bardo de la Montaña Madre, falleció en 1957.

PILAR ABARCA, NOVELA POEMATICA DEL SOBRARBE

«Pilar Abarca no es ni Juana de Arco, ni Rosa de Luxemburgo; es la tierra que sufre, la de Sobrarbe, de Aragón, de Iberia, del Mundo, como digo en el prefacio. Y esto bien vale el tono heroico. Los pueblos sufren abandono por parte de todos los gobiernos, que legislan casi exclusivamente para las ciudades. De ahí la tragedia. Claro que en otro aspecto es una semblanza de Aragón, y en otro, una obra costumbrista; pero en el fondo es un poema agrario, tal vez el poema que hubiera escrito Costa. Costa fue el paladín, yo el bardo».

Pilar Abarca, la heroína altoaragonesa de José Llampayas, dio lugar, por parte de los críticos de su novela, a diversas interpretaciones, no del todo ajustadas al propio pensamiento del autor que quiso, en esas palabras transcritas⁵, fijar su visión del personaje. En el prefacio del libro —al que hacen referencia esas palabras— Llampayas, en efecto, había señalado: «Pilar... es la tragedia viviente de Sobrarbe, de Aragón, de Iberia, del Mundo. Es el terruño violado y escarnecido en la propia carne de una moza aldeana que por su grandeza escapa al boceto». Y en su papel de cronista de Pilar, hija de Sancho Abarca, nieta de un rey, hará el autor profesión de «medium» de aquella grandeza singular: «Yo, escritor humilde que nada sé pese a mis libros, la invoco y me someto a ella, doctora en la ciencia innata de las intuiciones, vulgo corazonadas, que lo sabe todo, y me dicta, y escribo...».

Como peregrino hacia la «verdad abarqueña», a ese Sobrarbe mítico, guardador de la esencia de la raza encarnada en Pilar, José Llampayas ritualiza su «camino de Santiago» altoaragonés: «En mi ruta cronológica, en este mi viaje de retorno al seno de la Madre y a través de los tiempos, hago el primer alto en el solar místico y procer donde la cruz descendió sobre la Encina —milagro de los años mil...». Ritualidad que estructura el libro en un tríptico a manera de prefacio (El peregrino, Profesión de Fe, Vocación), catorce capítulos, y un nuevo tríptico, epilodal. Los Abarca, nietos de reyes y antiguos infanzones, «hoy labradores por recursos y pecheros de afición», serán el santuario familiar de esa fe ancestral que Llampayas, más allá de su modesta declaración de amanuense, intentará rescatar de nuevo para el culto, el de esa tierra Madre cuya esperanza de renacimiento se hará señal y fruto en el vientre de Pilar.

Poema de la redención aragonesa, génesis de un proceso de desarrollo de energías encaminado a la redención de todo un pueblo, llama José García Mercadal a la novela: «En este libro, aromado de sierra, reviven los caracteres primitivos que dieran antaño realidad de acción a la epopeya aragonesa. Y si no resucitan en él las virtudes del históri-

5 En la introducción a «El oso del señor Gimson».

co Aragón de la montaña —porque las virtudes no habían muerto, sino que estaban guardadas por el pueblo con el sagrado cuidado con que se guardan las reliquias—, renace la leyenda de los reyes pastores de las legiones montañosas que bajaron al llano para proclamar la independencia de las tierras altas. Por eso *Pilar Abarca*, más que de un Pereda, de un novelista circunscrito al costumbrismo de su terruño, nos habla de un Valle-Inclán y de sus tragedias de pastores patriarcales, de versolaris y sembradores del agro, reunidos bajo la sombra de los árboles ungidos con el óleo de la tradición»⁶.

Pero más allá de toda la sustancia simbólica que la caracteriza, *Pilar Abarca* nos interesa muy especialmente también por el componente costumbrista que la enriquece.

En el primer capítulo, «Un rey pastor», entramos en conocimiento de Pedro Abarca, el viejo (padre de Sancho, abuelo de Pilar), famoso por sus cantares. Estamos camino de Bestué, próximos a las Tres Sorros, recorriendo en mulo las seis leguas que separan Aínsa del confin norte de Sobrarbe. Pedro era como un rey pastor venido a menos. Vestía: «abarcas de vacal, medias, calzón y el justillo por donde asomaban las mangas de una elástica rojiza hecha en los telares caseros con lana de ovejas propias; cubríase con el clásico chambergo de los altoaragoneses».

Si el capítulo se introduce con la copla:

La montaña soy baxato
con abarcas i abarqueras
i soy tornato á puyar
con zapatos de tres suelas,

Pedro el viejo, archivero de la poesía montañesa, nos deleitará además con su canto:

De los Altos Pirineos
baxé tá la Tierra Plana
a cortejar una moza
que se nombra Marixuana...
...en la manga del gambeto
le soy baxato manzanas,
de buenas que le sapeban
los morros s'enlaminaba...⁷,

⁶ *Ibidem*.

⁷ El romance «A Marichuana» fue recogido por Pedro Arnal Cavero en su *Aragón en alto*, págs. 96-98, e incluido por José Gella Iturriaga en su *Romancero Aragonés*, pág. 363. Arnal lo califica de romance típico de la alta montaña. Los versos que transcribe Llampayas muestran variaciones con lo recogido por Arnal: «De los Alto Pirineos / m'en baché ta tierra plana / pa' ver un amor que tiengo / que se llama Marichuana», y «En a pocha d'o gamboy / t'he bachato unas manzanas / pa' que tú veigas l'amor / que te tiengo, Marichuana».

andariego entre la tierra de Puértolas, la Peña Montañesa, Castillo-Mayor, el Puntón d'o Fraire, el Bellós, las Tres Sorores... Tierras de *chabalins* y *onsos*. Y ya entramos en las de Bestué y Escoain, escoltados por los picos de Cotiella y de Sestral. Se oye el son de una gaita. Bailan «o cascabillo en a plaza».

O baile del onso
no se baila así,
de patas ta'baxo,
de caras ta'quí,

salmodia pastoril, reliquias de danzas célticas: «La danza era ingenua y marcial. Los bailarores tenían cara de niño y cuerpo de luchador. En sus ojos claros había el ardor candoroso y bélico de los impulsos infantiles. Todos me parecieron de un mismo tipo alto, rubio, seco, y observé que su ropaje de justillo, calzón corto y medias, casi los uniformaba. Descendían, sin duda, de aquellos cabañeros combatientes de los pueblos pastores, y danzando a la manera antigua, como en las fiestas rítmicas de sus antepasados, formaban un círculo, sólo que no en torno a la hoguera consagrada a lun, sino del músico, y no rindiendo culto a la deidad lunar, sino a la Virgen del Barrio. Danzaban con las manos en alto, los ojos inmóviles, la boca plegada, austera; graves, lentos, magníficos, y ora marchando, ora haciendo gambetas, ora bandeándose de izquierda a derecha con tosca ceremonia; pero al son, a compás»⁸.

Terminada la danza, el grito primitivo del «Ijujúu», y, en la vuelta a casa, alguna copla suelta resonando en las calles:

Marichón de lo vecino
corazón de avellanera,
ixa noche he soñeadito
qu'estaba en tu cabecera.

Entramos en el casal de los Abarca, «El casal en ruinas» y no por el dicho «Muller de na montaña con hombre de na tierra baxa, fan casa; muller d'abaxo con hombre d'arriba, casa abaxo», sino por la Araña, la causa de la ruina, la verdadera «muller d'abaxo», la respuesta quizá del enigma del perdido Sobrarbe:

«Erase un rey de Aragón, alto como un pino y recio como un roble, que ensanchó el suelo de la patria y redujo a leyes la esencia de ella, las costumbres. Si allegó más tierra, fue para las Observancias y los Fueros, que no eran sino grandes árboles que de la tierra se nutrían poco a poco. Al amparo de esas normas, de un sabor y de una ciencia únicos, nacieron vuestras casas, vuestras cofradías, vuestros

⁸ Respecto a la vinculación céltica de estas danzas, Llampayas sigue la tesis de J. Costa expresada en su estudio *La poesía popular española y Mitología y Literatura celto-hispanas*, Madrid, 1881.

prados concejiles, y, para decirlo de una vez, vuestros señoríos colectivos que un tiempo fueron gloria de ganaderías y labranzas. Pero ¡ay!, que un leñador descargó la segur en aquel árbol de las normas únicas, y después, y esto fue lo más triste, una como araña enorme, oriunda, no de la Tierra Baja, sino de un punto donde las tierras desdichadamente no interesan, empezó a tejer sobre los leños».

El pensamiento de Costa glosado por Llampayas, Costa «el montañés moderno, hermano tuyo, y de inteligencia tan alta y tan recia como el cuerpo y el alma de aquel rey don Jaime su paisano». Costa, al que también mató la Araña, «los tejedores de la mala ley», sombrías meditaciones al amor de la austera cocinona altoaragonesa. «Tienen por techo la campana misma de la chimenea, oscura, insondable; no conocen más útiles inventos que los antiguos del *candelero* y del *cremallo*; ofrecen por sola comodidad las anchas y duras *cadieras*; no cumplen otra misión que la de arder sin descanso para gloria de los eternos pucheros de lustrosa panza, que, graves, taciturnos, alíneanse a lo largo de las paredes como si fuesen los penates del hogar, cuando en realidad son los sacerdotes del templo».

Pero tras la Araña y el sueño del mago Atlant, señor de Monte Perdido, el genio de las oligarquías, ángel malo de la Patria España, «la cautiva harapienta, la España de unos pueblos que ya no se pertenecen, que todo lo dieron a cambio de una libertad que para nada les sirve», el despertar liberador de la ronda mañanera:

Nina del alma
levántate
qu'el alba esclafa
i de día ye.

Tañía el gaitero, seguíanle hasta veinte mozos enramados de albahaca, y a todos precedía el mayoral de la fiesta:

La Virgen baxa del cielo
con un ramito de albahaca
para echar la bendición
al que tañe i al que canta.

Con los hermanos de la Cofradía del Rosario —el cronista piensa en los celtíberos de Estrabón—, encargados de comprar el vino, nos dirigimos a Aínsa. El cronista, en hermandad con ellos, como un redivivo Don Quijote ante los cabreros, derramará su verbo salutífero:

«¡Acordaros de Costa, mesnaderos! ¡Id en buena hora a buscar el vino de la Cofradía y volved presto para fortaleceros con él en estos picachos que miran al cielo como un ideal de independencia, y cuyas entrañas guardan el hierro, el emblema del tesón aragonés! ¡Id y volved para reñir una batalla más libertadora que la tan célebre de los llanos de Aínsa, porque en ésta no reconquistaréis el territorio, sino

vuestra condición libre, sin esgrimir otras armas que una voluntad al servicio de la ley y de acuerdo con la conciencia! ¡Creed que el espíritu de Costa descenderá en vosotros como descendió la Cruz sobre la Encina y sabed que la patria levantará una estatua memorable en el mismo sitio donde la fe plantó aquel árbol santo!»

Entrados en las tierras de Belsierre, Sobrarbe se ofreció espléndido: «Aínsa resplandecía a lo lejos con sus torres al sol; San Victorián, el decrepito, allamarábase de amor santo al pie de la Peña, y en el monte de Araguás albeaban unos cerros pálidos, pensativos. Sobrarbe, soñando con la nueva edad, olvidaba. Sólo por un instante frunció el ceño y recordome el Sobrarbe de la leyenda heroica, de las consejas terribles, y fue que un nubarrón pasó tapándole el sol. Irguiéronse los peñascales, enlutose la tierra, volaron tres cuervos, y allá, sobre un lomazo, la mesnada se perfiló fosca y errante».

Será en el capítulo sexto —ya mediado el libro— donde Llampayas nos presenta por fin a Pilar, hacia la que todo el peregrinaje espiritual del narrador se ha dirigido desde las páginas iniciales, envuelta en los símbolos legendarios del Aragón primigenio: Subimos a la meseta de Aínsa por el barranco del Forcat...; poco a poco surge en lo alto el perfil severo de una encina. «Repentino, fugaz como el relámpago, el sol estrelló un rayo agónico en la rama cimera, y una cruz de oro levantose en mi fantasía». Al pie del árbol, Pilar. «Tenía los ojos tristes, el rostro quemado, algo pálido en la frente bajo las dos crenchas recogidas en el moño, y advertí que al erguir aquélla, posando éste en la nuca, adelantaba un pie tan resuelta y con tal donaire, que la tristeza de su mirada no estaba de acuerdo con la energía de sus nervios. Vestía al uso de Bestué, calzando abarcas. Y el son de su voz era como el canto llano de una sacerdotisa de Pirene, y sus fablas de rancios decires, cantos de gesta o fragmentos de no sé qué ignorado poema antiguo».

Y entre la leyenda y el mito, el sueño omnipresente de Costa: «La patria no está en el desierto, sino en el oasis. El árbol es su escudo». El sueño de un suelo patrio lleno de encinares.

Y ya estamos en Aínsa, recibidos de nuevo por la ronda que desgrana sus coplas:

Desde la Cruz del Coso
hasta las eras
ha perdido la nina
las abarqueras,

o en su versión más pícaro:

Juan Domínguez Lasierra

Dende o Pinar d'os Pueyos
hasta la Fueba
ha perdido la nina
o que teneba⁹.

El canto de la albada que declama sus versos:

Una albata t'he cantato,
si no l'has quiesto escuchar
i en a gatera se está,

pero que no hacen olvidar al paladín de la doncella de la encina sus propósitos: «reunir la mesnada, alzar reina y sacar el pendón contra los infieles», el imperio de la Araña y de Atlant. Establecer de nuevo el reinado de los Abarcas, coronando a Pilar: «Y Pilar, mi ensoñada reina, creyente, foral y democrática, enriquecida con la sabiduría de sus abuelos reyes y con la experiencia de sus padres pecheros, ¿no era la razón natural, la razón histórica, hecha verbo de una tierra que nos llamaba para aleccionarnos solícita y redimirnos amante?».

Camporretuno
sin santo ninguno;
uno qu'en habió
el diablo se lo llevó.

El paladín de Pilar inicia su proselitismo, conquista adeptos, se aprestan a la lucha, mas los helados vientos del maléfico Atlant, el arácnido, desbaratarán la empresa, su cruzada. Pero sólo por el momento. Tras Bestué y Aínsa, los dos hitos del peregrinaje, la etapa final y su destino, Graus, el nuevo Weimar, la ciudad sagrada del Hombre-Costa, el Goethe montañés. Y su voz profética, auroral, regeneradora... La voz que algún día resonará en un nuevo Abarca, el hijo de Pilar, también nieto de reyes...

José Llampayas —dirá R. del Arco— «lanzose a la evocación de mejores tiempos, a la resurrección de las virtudes del histórico Aragón de la Montaña, neto, genuino, depositario todavía de las cualidades de fuerza que fulguran en la legislación foral, en el derecho consuetudinario, reducidos a breviario, a libro de Horas, para leído en la cumbre, oteando el Valle, al amor de los robles y las encinas de Sobrarbe o de Jaca, y bajo la protección piadosa, no traidora, de una Peña Montañesa o de una Peña de Uruel... *Pilar Abarca* es libro fibroso, revelador de una imaginación inquieta, que sublima el amor a la Montaña Madre, no por su belleza intrínseca y su perennidad secular, sino como refugio, como contraste de la perversidad corriente, a la deca-

⁹ Ramón J. Sender, en *Solanar y lucernario aragonés*, Ed. Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1978, pág. 49, ofrece esta versión: «Junto al ibón d'abaixo / n'a Val d'Onsera / a moceta ha perdido o que teneba».

dencia de la voluntad conservadora y creadora, a la intuición sabia, al naturalismo sin afeites...»¹⁰.

Pilar Abarca, novela poemática del Sobrarbe, idealización de los sueños redentores del cantor de un primitivo Aragón, de una stirpe luchadora, de unas costumbres recias, de unas leyes nobles... Los sueños olvidados del bardo de la Montaña Madre.

LA SAGA DE LOS FRANCHOS

Pilar Abarca (Nieta de un rey), publicada por José Llampayas en 1919, era presentada como la primera de «Las novelas de la Montaña Madre». En los proyectos del autor, el segundo título de esta serie iba a ser *Francho Cor, el celtíbero*, y así aparece anunciado, como novela en preparación, en las ediciones de sus posteriores libros hasta llegar a los años cuarenta¹¹ en los que, todavía como novela en preparación, aparece referida bajo el nombre de *Francho Mur y Francho Cor*, sin que la novela, tan reiteradamente anunciada, llegase a ver la luz.

No conocemos las razones por las que esa segunda novela de la serie de la Montaña Madre no fuera publicada por Llampayas y las suposiciones podrían llevarnos a interpretaciones aventuradas y sin duda erróneas. Pero el hecho no deja de ser extraño dado que en el ánimo del autor estaba la realización de tal libro como lo prueba su insistencia a lo largo de muchos años, más de veinte, al incluirla entre sus obras en preparación, tiempo más que sobrado para que la novela hubiera sido escrita. ¿Fueron simples razones de dificultades editoriales las que la mantuvieron inédita? ¿No la llegó a concluir?

Sea cual fuere la respuesta, el caso es que de ese *Francho Cor, el celtíbero* —como primeramente se anunció— tenemos lo que pudiéramos considerar su primera parte, la novelita corta *Francho Mur*, publicada en la colección La Novela Mundial, en 1928, donde se nos cuenta la historia del que fuera padre de aquel Francho Cor, el celtíbero, y ya hemos visto cómo en los años cuarenta la novela en cuestión pasaba a integrar en su título a padre e hijo, *Francho Mur y Francho Cor*.

Más aún, de la novela *Francho Mur* tenemos, a su vez, una especie de esbozo en el cuento titulado *Las «salvachinas»*, incluido en el conjunto de cuadros del Alto Aragón que bajo el título de *Mosén Bruno Fierro* fue publicado en 1924, cuento que apareció por vez primera en el periódico *Heraldo de Aragón*, el 2 de enero de 1923, y que obtuvo el primer premio de narraciones aragonesas en un certamen literario convocado por el diario zaragozano, como ya señalamos anteriormente.

10 «Lecturas aragonesas», *Heraldo de Aragón*, 14-XI-1919.

11 En sus biografías *Fernando el Católico* (1941) y *Goya* (1943).

FRANCHO MUR

La novela —con dedicatoria «A José García Mercadal, escritor aragonés», el director de la colección en que aparecía publicada—, de muy corta extensión, sesenta páginas en octavo y algunas ilustraciones de Agustín, está dividida en dos partes desiguales: «Tríptico» y «La Narración».

TRIPTICO

La primera —de siete páginas— se presenta, al igual que *Pilar Abarca*, como un tríptico: «Tríptico de “Xebernils” y su héroe», donde Xebernils es el nombre supuesto del pueblo altoaragonés donde los hechos acaecerán. El tríptico se constituye con dos descripciones: «El valle» y «El pueblo», y se completa con la presentación de «El héroe», Franchó Mur.

En la descripción de valle y pueblo, Llampayas nos ofrece, en rápidos y certeros apuntes, una poetizada visión del escenario narrativo:

«En el Alto Aragón, y al pie de “Las Tres Sorores”, descuella, entre muchas, una gigantesca mole de granito desnuda de medio cuerpo arriba, con verdinegras faldas de tupido bosque y amplias y poderosas estribaciones que acotan, rodeándolo de grandes peñas, un valle abrupto hendido y resquebrajado por los torrentes. Profundas hoyas, colmadas de matorral, ponen separación entre los rotos campos. Hoscos cerros, con algún árbol pensativo o algún bardal en ruinas, escuchan ensimismados el reborbollo incesante de las aguas. Severo, sombrío, es el paisaje. Los prados, los remansos verdes, recátanse de figurar en él. Ocúltanse en el bosque o en las honduras. Todo es fiero allí. A veces, un vaho sutil, que es transparente en la sobrehaz, blanquiazulado en las hoyadas y gris denso en las lejanías, trata de improvisar en aquel escenario un panorama de ensueño. Pero el gigante se irrita, se aborrasca, sopla, barre la niebla, suelta las águilas y desparrama las nubes.

A media ladera, junto al bosque y en un lomazo, como sobre una rodilla del coloso, asienta el pueblo de Xebernils»,

dirá del valle.

Y del pueblo:

«Las casas, unas cuarenta, con portalada al patio, saledizos balcones de madera, pequeños unos, con tejadillo, corridos otros a dos vientos, y techumbre negra de superpuestas pizarras, trepan escalonadas por dos tortuosas callejas muy pinas, y forman en lo alto una plazoleta rodeada de soportales. La iglesia queda a un

lado sobre un campo lleno de cruces. Y las bordas, tantas como casas, muéstranse diseminadas por la vastedad del monte».

En esta escenografía surge magnificada la presencia del «héroe»:

«El galope de un caballo irrumpe de improviso en la quietud del monte. El es. ¿De dónde viene? Nadie lo sabe. Sus mismos pastores lo ignoran. ¿No lo veis? Ahora sale por la cañada de *Os Fraxins* y se pone al camino cabalgando hacia el pueblo. Dos perros le siguen jadeantes. Al llegar al puente lo desprecia, y bajando a la glera, mete por el pedregal. Tampoco vacila ante el *Trastiello*. Precisamente es su obstáculo favorito. El potro se arranca, da un bote avante, resbala, patalea, sacude las crines, retrocede, se rinde; pero nuestro hombre se crece, levanta las manos, sujeta al bruto y, metiéndole espuela, hácele subir entre una tempestad de coces y de chispas. Luego, al trote corto, con fanfarria de gran señor, entra galleando en la plaza y descabalgando ante un viejo caserón con escudo».

Tras la descripción del carácter, la física:

«Es un hermoso tipo alto, recio, atezado. Se quita el sombrero, pasándose una mano por las greñas. Tiene la frente ancha, los ojos sombríos, la mandíbula fuerte. Viste zamarra de pieles y pantalón ancho, de montar, embutido en unas perneras de cuero atadas sobre las botas. Ahora, con el potro de las riendas, se dirige hacia una corralada anexa al edificio. Es lento y camina balanceándose».

Antes ya había dejado apuntado: «Semejante al coloso de granito que domina el valle es el amo de Xebornils. Porque Xebornils tiene un amo, casi un rey», y luego, tras describir la cocina de la casa (con amplias *cadieras* y tres *cremallos* pendiendo de la tenebrosa campana de la chimenea), y presentarnos a Sabel («una mujer de cierta edad, sirvienta de aspecto»), resumirá en pocas líneas algo de la historia del *señor Mur*, como lo llama respetuosamente la gente moza (frente al familiar Francho de quienes le conocieron de joven), así como el cura, el maestro y el médico, que él ha instituido y paga con largueza:

«Porque este atleta de aspecto frío y gesto desdeñoso es nada menos que Francho Mur. ¿No os acordáis? Francho el boxeador, el gran pugilista, el rey de los puños. Aquí vive y este es su pueblo. Hace quince años salió de él pastor y ha regresado prócer. Acabando con sus rivales amasó una fortuna y pudo luego comprarlo todo o casi todo. Ahora es como otro rey. Pero como un rey sin ventura y sin esperanza».

Es la síntesis, en breve trazo, de la narración que va a seguir.

LA NARRACIÓN

Estamos en un terreno bronco, bajo el dominio de la barrera de Arbe, quince años antes de la escena de presentación. No menos broncos, de un duro primitivismo, serán los personajes y situaciones que harán su aparición.

Dos mozas pastoras, Antonia y Sabel, quieren sorprender la cita amorosa de Francho Mur con María-Cruz, de la casa Cor. Antonia, «como una gran bestia montuna», que desafiaba a la lucha a todos los mozos del pueblo ofreciéndose como premio de la victoria, es ahora hembra despechada porque cinco años antes fue vencida por Francho, entonces muchacho de dieciséis años, lo considera suyo, y no puede soportar sus aventuras mujeriles, ese «andar con todas como gallo de pueblo». Francho descubre a las mozas, las persigue, alcanza a Sabel, la deshonra. «La luna, que no era allí la vulgar testigo, sino la primitiva, la de los amores bárbaros, desparramaba las nubes, proyectando por todo el valle sus errantes sombras».

Cumplida su infamia, con aire de triunfo, cantará al pie del *Tras-tiello*:

Tórname as camaligas
que me as tiens de tornare,
si no m'en voy ta Viciele
a fartarme de plorare.

Un cambio de escenario nos lleva a Barcelona, al tren correo Bilbao-Huesca, donde emprenden viaje una pareja aristocrática, condes innominados, a los que acompaña don Ramón, el rodrigón de la condesa. Se dirigen al Alto Aragón, a la caza del jabalí.

Vueltos al rincón de Xebernils, la acción se traslada a la taberna *d'os salvachins*, lugar de encuentro y esparcimiento de pastores y pastoras, donde conoceremos a la vieja Canóniga, a Pepón, el novio de Sabel, y a mosén Antón, que anunciará la llegada de los condes y los preparativos para la cacería, que dará ocupación y ganancia a varios mozos del pueblo. Francho es el encargado de organizar las batidas que habrán de tener lugar en Pinar negro, tras descartarse la zona de La Selva y las Escarriatas. Se inicia un baile para celebrar el próximo acontecimiento, que acabará en una lucha entre Francho y Pepón, apoyado por los hermanos de Sabel.

Los condes llegan a Monzón y en automóvil emprenden viaje al apartado Xebernils. Se hospedan en la rectoral y la ronda les canta «los provechos». La joven condesa, treinta años le pone el autor, frente a los cuarenta del marido, conoce a Francho y ya no le quitará ojo. Son los «primeros chispazos» del «incendio» pasional que estallará pronto entre la alcorniosa dama y el rústico don Juan, que cantará al pie del balcón de la rectoral, alterando el primer verso de una antigua copla:

Condesa, puerto de flores
corazón de avellanera,
ixa noche he soñeadito
que estaba en tu cabecera.

Pinar Negro, en la Sierra Laflore, es el refugio diurno de los jabalíes. En la barrera montañosa, hay dos salidas, dos puntos de paso del jabalí, El Foricón y Chiradiello. Asistimos al inicio de la cacería. Francho va muy compuesto. «Lucía sombrero de anchas alas, justillo y calzón de velludo, faja flamante, medias de lana blancas y abarcas a vueltas por las piernas. De un hombro llevaba pendiente una escopeta de pistón y del otro un zurrón de pieles». La condesa se las ingenia para marchar sola con Francho hasta uno de los puestos de caza. Viven su momento de pasión, que se podrá prolongar gracias a un oportuno accidente de Francho, cuando revienta por la recámara el cañón de su escopeta. Los condes, a instancias de la condesa, se lo llevan a Barcelona para atenderlo adecuadamente. Dejando atrás amores y deshonras, Francho no volverá a Xebornils hasta pasados quince años.

En un escueto epílogo, el autor vuelve al comienzo de su narración. Francho vive con Sabel, aquella a la que atropelló en un momento de ira. Y se nos cuenta, en unos breves trazos, lo que fue la vida del hoy taciturno amo de Xebornils en los quince años transcurridos: fue chófer (y se supone que amante) de la condesa, riñeron al año, y sin otros saberes con los que ganarse la vida, Francho, de gran fortaleza física, emprendió su carrera de boxeador, en la que logró gloria y dinero. Mientras tanto, María-Cruz, la de casa Cor, que tuvo un hijo de sus amores con Francho, enloquece por el abandono de éste y durante diez años arrastra su locura hasta morir, tenida por bruja, al pie del peñasco de Chiradiello. El fruto de aquella desdichada es Francho Cor, el hijo de la loca, hoy estudiante fuera del pueblo.

Francho Mur, retirado con sus riquezas en Xebornils, con su sombría existencia a cuestras, sólo cuando vuelve el hijo se transforma:

«se rejuvenece, vuelve a jurar y a beber como en sus buenos tiempos, derrocha el oro y todo el pueblo es fiesta. Con su hijo canta, monta a caballo, recorre las sierras, escala las cumbres. Y algunas veces desde lo alto de Chiradiello le dice al mozo:

—Los estudios me faltaron, Francho. Que a tener yo con la fuerza el talento ése que has heredado de tu madre, hubiera conquistado el mundo».

Tenemos así anunciada la figura de ese Francho Cor en la que Llampayas pensó para su segunda novela de la Montaña Madre.

LAS SALVACHINAS

Ya hemos dicho cómo el cuento *Las «salvachinas»* era un esbozo de la novelita corta *Francho Mur*. Se abre el relato con una copla que ambienta la sombría atmósfera de lo que se nos va a contar, con la desdichada figura de María-Cruz como centro:

Ya no quiere o pan a Negra
ni verdean as carrascas
no botean os corderos
ni esvolustrean as garzas.

Hay en el relato una abundante presencia de vocablos y expresiones locales que le dan un especial atractivo: *tocho*, *chipón*, *pocino*, *fraxín*, *fabo*, *buxo*, *güellas*, *baranato*, *garrot*, *feira* o *feixanja*... Los diálogos son asimismo expresión de la característica habla de la Montaña.

El relato se inicia presentándonos a María-Cruz, sentada sobre el tajo de una peña, perdida en sus cavilaciones: «Pensativa, el *tocho* entre las manos y ocioso el huso, que le asomaba entre las encordaderas del *chipón*, permanecía inmóvil. María-Cruz hubiera querido ser águila, y volar escudriñando Tumarruego, el Cajígar, Xebernils, todos los valles próximos, y recorrer solanos, *paqueras*, *pocinos*, y uno a uno registrar los *fráxins*, los *fabos*, los *buxos*, hasta dar con Francho... ¿Dónde estaría Francho? ¿Estará con Sabel? ¿Con Pepona?... Tal vez estuviera cazando con *a señora*, con *a forasteriza*...

Al pronto surge desde lejos la voz de Sabel, que la llama:

—¡María-Cruz! ¡María-Cruz!...

—¿Qué quieees...?

—¡Baxa!

—¡Puya tú!...

—¡Tiens as güellas en o prao! ¡Vien presto a xirálas...!

—¡Felas tornar tú!

—¡Noo! ¡Baxa, baxa! ¡Ta acá ha veniu Pepona, que te contará a saber cuánto...!

Y juntas María-Cruz, Sabel y Pepona (que en la novela era Antonia), se enzarzan en una conversación de rivales amorosas enfrentadas a un nuevo peligro, el de la señora, *a forasteriza* (la condesa de la novela), que, según Pepona, quiere cazar al donjuanesco Francho.

En estas están cuando al grito del ¡*Ji-jurujúu!* se les presenta —«mozallón gigantesco, hermoso», vestido «a la antigua, de calzón, sombrero ancho y abarcas»— el propio Francho, haciendo alarde de su dominio machil.

—¡A fuir, a fuir, gallinas, que viene o gallo!

Las persigue. Alcanza a Pepona, intenta atropellarla, pero se defiende y huye. Fuera de su alcance, le increpa.

—¡Vien, falso, más que falso!

Pero en su orgullosa altanería, Francho le obliga a recordar sus rendiciones amorosas, mostrándole ocho dedos de las manos.

—¿T' acuerdas? ¡As tengo contáaas?

Lo que da pie a la réplica de Pepona y a la referencia a una curiosa costumbre.

—¡I qué. Men iré tá un abogao, i ocho onzas m'habrás de dar. ¡Bachiller!, ¡calurnioso!, ¡alcahuetón!

María-Cruz queda sola con Francho. Lloriquea la moza. Francho la consuela, le dice que a ella la quiere «pa casame» y al fin, juntos, se entran por el avellanar.

Clavellina colorada,
de noche te vengo a viere,
que de día no me vaga,

cantaba Francho al regresar al pueblo tras trasladar su cabaña.

«No había en el país otro galán como Francho Mur», comenta el autor.

El relato da un salto de diez años. Francho se fue. Se hirió con la escopeta y la señora se lo llevó a la Corte. Allí fue criado, chófer y boxeador. Pero ya han perdido su rastro. Pepona, después de dar a luz tres veces, casó en tierras de Jaca. Sabel sirve en Barcelona. ¿Y la pobre María-Cruz?

«María-Cruz se ha levantado. Le ha parecido oír su nombre en el avellanar.

—¿Llamáisme aún, brujotas? ¿Llamáisme aún?

Loquea. Unos la llaman bruja. Otros, *salvachina*. Muchos creen que trae el mal tiempo. Pero los más, cuando en los días tormentosos la ven sobre el peñascal hecha un garabato y profiriendo gritos, exclaman:

—¡Pobre María-Cruz!»

«Las salvachinas», antecedente de la novelita *Francho Mur* —que desarrolla con más amplitud las relaciones del protagonista con la condesa, apenas apuntadas en el relato, y se detiene en algunas descripciones paisajísticas o de costumbres —gana a la novela en su mayor tono poético y en el más abundante empleo de expresiones y diálogos en habla popular, lo que presta al relato su principal interés.

«MOSEN BRUNO FIERRO», ENTRE LA REALIDAD Y LA LEYENDA

En 1924, en la colección Argensola, dirigida por José García Merca- dal, exclusivamente dedicada a autores aragoneses¹², publicaba José Llampayas su *Mosén Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón)*, donde junto a diversas «anécdotas» referentes al popular «cura de Saravillo», se incluían «cuentos», «bocetos», «aguafuertes» y «cróni- cas» (así aparecen clasificados en el libro) de tema aragonés.

Mosén Bruno Fierro, personaje real convertido en tema literario por Llampayas y en leyenda por el pueblo, que transmiten y magnifi- can sus historias, nació el 6 de octubre de 1808 en el barrio de San Hi- pólito de Barbastro, hijo de Domingo Fierro y de Pascuala Brualla¹³. En 1825 lo sabemos cursando estudios de Filosofía en la Universidad de Huesca, pues el 5 de agosto de ese año, al término de su primer curso en aquel centro, dirige una carta al obispo de la diócesis barbas- trense, don Jaime Fort y Puig, expresando su intención de proseguir los siguientes cursos de dicha materia, y los de Teología y Moral, para ser promovido al estado eclesiástico, y solicitando «dispensarle la pri- mera clerical tonsura en las próximas témporas de San Mateo». Con- taba entonces 17 años aunque, en dicha solicitud, se declara de veinte a fin de conseguir su petición. Ya apuntaba Bruno Fierro en tan tem- prana edad ese carácter decidido y ajeno a pequeños escrúpulos que luego caracterizarán algunas de las historias que lo harían personaje aureolado de popularidad.

El 2 de septiembre de 1829, monseñor Fort y Puig ordena al vica- rio de la Iglesia Catedral de Barbastro información para la tonsura clerical del joven Bruno, y el 19 de ese mes se cierra el expediente. Ya ordenado sacerdote, su primer destino será Banastón. De aquí será trasladado a Badain y finalmente a Saravillo, donde ejercerá su minis- terio hasta su muerte, ocurrida el 10 de febrero de 1890, cuando con- taba 82 años de edad, a consecuencia de una epidemia de gripe. Sus restos descansan en el cementerio de esta población.

Hasta aquí los desnudos datos de su biografía. A partir de aquí, numerosas anécdotas que han hecho de la persona un personaje, cu- yos sucesos, recordados hasta nuestros días, forman ya parte de la tradición popular. «Hemos recogido directamente de un anciano de Saravillo —nos dice Antonio Beltrán¹⁴— que el intrépido cura era un santo y que «esconjuraba» las tormentas logrando no sólo que no des-

12 Allí publicaron Juan José Lorente, José María Matheu, Gregorio García-Arista, Rafael Pam- plona Escudero y Juan José Bañolas.

13 Tomo estos datos biográficos de Bizén d'o Rio, «Mosén Bruno Fierro, un barbastrense que forma parte de la leyenda popular regional», en *El Cruzado Aragonés*, Barbastro, 4-IX-1982.

14 «Notas sobre la literatura popular en Aragón», en *Homenaje a Francisco Ynduráin*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, 1972, págs. 41-46.

cargaran sobre el pueblo sino que fueran a hacerlo sobre Plan, el vecino; en Bujaraloz he oído aplicar a mosén Bruno, llamándole siempre «un cura de la montaña», todos los chascarrillos y cuentos de no importa qué procedencia. De mi abuelo recogí el que hallándose el monaguillo con el incensario, dándole vueltas y haciéndolo girar y desatendiendo las incitaciones a parar en su juego, cuando finalmente voló por los aires, mosén Bruno le dijo con voz de trueno: «Ahura inciéntate con los c...». De lo auténtico y original de la vida de mosén Bruno nunca lograremos saber nada porque lo habrá incorporado y desfigurado la leyenda».

Y Bizén d'o Rio: «Su leyenda comienza cuando dicen que, al ser ordenado sacerdote, se encara al obispo y le dice: “Tú m’has ordenau, pero t’arrepentirás”». Y advierte el articulista: «Debemos romper una lanza en favor de mosén Bruno, porque además de saber de su cultura, conocemos la rigidez y seriedad del obispo D. Jaime Fort, que ejerció veintiséis años como pastor de la diócesis y que creemos del todo incongruente tanto el comentario del ordenado como la aceptación por el Sr. Obispo. A partir de este chascarrillo que las gentes relatan como principio de una larga lista de anécdotas, se suceden éstas con más visos de fantasía que de realidad, lo que ha convertido a este cura en un personaje mítico al cual se le atribuye todo», en lo que coincide con lo dicho por el profesor Beltrán.

MOSEN BRUNO VISTO POR LLAMPAYAS

Pero una buena parte de la pervivencia de la mitología del cura de Saravillo se la debemos al libro que le dedicara José Llampayas. El escritor barcelonés divide su *Mosén Bruno Fierro (Cuadros del Alto Aragón)* en cinco apartados: Anécdotas, Cuentos, Bocetos, Aguafuertes y Crónicas. El dedicado a mosén Bruno es únicamente el primero, que comprende cinco anécdotas: «Mosén Bruno Fierro», «Nochebuena», «El método de Mosén Bruno», «El duende de la Abadía» y «La lección del cura». Son en total treinta y nueve páginas de las doscientas dos que forman el volumen, pero aún aparecerá la figura del popular mosén en otras dos ocasiones, fuera de este primer apartado: en el aguafuerte «Para un monumento a Cavia» (págs. 135 y ss.) y en la crónica «Con *tacha* o sin ella, todas se casan» (págs. 171 y ss.), y es citado al paso en la crónica dedicada a «Joaquín Costa» (págs. 189 y ss.).

Veamos lo que nos cuenta Llampayas de nuestro personaje.

LA PRESENTACION DE MOSEN BRUNO

En la primera de las anécdotas, titulada con el simple nombre del cura, «Mosén Bruno Fierro», nos dice el autor que nuestro personaje

nació en 1803 y que vivió 86 años, fechas que no concuerdan con los datos ya señalados, y en las que Llampayas insistirá en la página 174 del libro, donde dice que mosén Bruno murió en 1889, a los 86 años.

Pero más allá de la disparidad de fechas, este primer contacto con la personalidad de mosén Bruno ofrecida por el autor nos sirve para conocer su aspecto físico y algunos de sus rasgos de carácter:

El viejo de casa Botiguero asegura que «pareceba una talega en pie». Y don Alonso, el venerable don Alonso (q.e.p.d.), me lo pintó de mediana estatura y recio, cuadrado, la cabeza grande, ojos vivos, cejas muy pobladas y unidas y nariz algo chata, por donde, entre ganguear y hablar despacio, como quien mide las palabras, cualquiera que bien no le conociese dábale a entender que las profería con sorna. A esto añadió que tutear solía, de buenas a primeras, a todo el mundo, del rey abajo, fundándolo en que no podía ser otra cosa después de tutear a Dios. No tuvo rival en el juego de pelota; tiraba la barra con sin igual destreza, y era gran cazador, aunque dicen salía con la escopeta por despistar a los carabineros, pues andaba en el contrabando. Pero su principal afición parece que fue la pesca.

Y Llampayas entra ya en el anecdotario:

Una mañana, al regresar del río con la caña en una mano y un ruin barbo en la otra, se encaminó a la Iglesia, entró, plantóse en el centro, y allí, abiertos los brazos y moviendo de arriba abajo la cabeza, le dijo a la Virgen, en tono de reproche:

—¿Te paece a tú si esto es pescar? ¿Te paece a tú?

Y dirigiéndose a la trasera del altar arrojó la caña en el fondo de la mesa. Y es que debajo del retablo guardar solía las pelotas, la barra, una vara de medir la escopeta y las cañas de pescar, para que en todo momento la Virgen le favoreciese. Esto, y la familiaridad con que la trataba, patentizaban su gran simplicidad y su mucha fe.

Cierto o no, Llampayas no nos ahorra fuertes colores a la hora de esbozar el retrato del mosén:

Ignoro si fue capaz de alguna virtud. Creo que no. Porque los siete pecados capitales podíanle siempre; tan descomunal era en todo. Cuando el señor Superio se le llevaba la Antonia (el ama del cura), dicen que dijo: «¡Suéltala, redió! Que yo lo mismo hago un hombre que lo deshago». Era enorme. Pero lo creo a dos dedos de ser un santo. Sólo que, a diferencia de algunos santos que, después de una larga vida de abandono se arrepintieron, alcanzando la gloria, mosén Bruno alternó siempre, hasta el último instante, las más grandes caídas con los actos más sublimes.

Y nos contará ahora Llampayas el desplante de su ordenación, tan popularizado y contado de mil maneras:

Ya en Barbastro fue el terror de las aulas. Cuando, al fin, las abandonó, cuentan que le dijo el obispo:

—¡Cuánto me pena, Bruno, haberte ordenado! ¡Cuánto me pena!

A lo que mosén respondió, contristado el ánimo:

—¡Y lo que le penará, ilustrísima! ¡Lo que le penará!

E inmediatamente se le castigó por su insolencia.

Pese a todo, Llampayas le salva y justifica:

Y es que no le conocían bien, como yo creo conocerle sin haberlo visto. Lo que hay, que era sincero, incapaz de hipocresía. De mosén Bruno Fierro puede afirmarse que fue el último gran baturro con sotana.

Y concluye el autor con un lamento de nostalgia:

¡No quedan hoy curas como él!

Vemos ya aparecer algunos personajes que en otras ocasiones harán acto de presencia: el viejo de casa Botiguero, el venerable don Alonso, el señor Superio, su ama Antonia, el obispo, sus aficiones a la caza y la pesca, a la buena vida en general, y sus vinculaciones con el contrabando, todo ello sin menoscabo de su fe y su recio y noble carácter.

DE SU ANECDOTARIO

En «Nochebuena» nos encontramos a mosén Bruno regentando «por castigo» (el desplante al obispo) la «minúscula parroquia» de Banastón y la relación de nuestro mosén con el párroco de un pueblo vecino, Gerbe, al que por ello mismo le llamará mosén Gerbe, porque mosén Bruno solía llamar a sus compañeros por el nombre de sus respectivas parroquias.

La matacía aparece como motivo del relato y la costumbre de hacer partícipes a los vecinos del animal sacrificado. Lo que ponía al bueno de mosén Gerbe en la disyuntiva de quedarse sin nada ante tal reparto, pues eran treinta los vecinos y él sólo tenía un único cerdo —y no grande— que sacrificar. Mosén Bruno le propone una solu-

ción, muy poco ortodoxa, en la que su malévolo ingenio hace quedar gananciosos a ambos, y muy especialmente a sí mismo¹⁵.

En «El método de mosén Bruno» aparece, ya como cura de Saravillo, su vinculación con los contrabandistas. Lo vemos pescando truchas en el río de Plan y urdiendo en favor del contrabandista Casanovas —y en el suyo propio— una nada escrupulosa faena contra los carabineros, a los que burla e imposibilita en el desempeño de su función.

Si su respeto a la ley no era mucho, tampoco se paraba en barras a la hora de la pequeña venganza personal. Así sucede en «El duende de la Abadía» de la que hace víctima a un colega suyo, mosén Pascual Monclús, rector de Laspuña. Mosén Pascual andaba aquellos días lleno de temor porque por las noches, en la rectoral, no dejaban de oírse extraños ruidos que el crédulo del mosén sospechaba que eran producidos por el ánima de su antiguo enemigo el difunto señor Superio, al que algunos vecinos —el tío Lucas, el viejo Botiguero y hasta el cabal señor Lorenzo— afirmaron ver en la feria de Bielsa comprando buyes. Mosén Pascual, asustado con el inquilinato de aquel duende en su Abadía, recurre al animoso mosén Bruno que, en una fatídica noche de vela, descubre que el tal duende no es otro que un miembro de la especie porcina que, en la oscuridad de la noche, hace pasar un extraordinario susto, incluidos ciertos quebrantos físicos, al propio cura de Saravillo. Pide éste la ayuda de Mosén Pascual, pero el rector de Laspuña, en el colmo del temor, ni se atreve a asomar la nariz de su habitación, donde se ha encerrado a cal y canto, lo que obliga a mosén Bruno a permanecer hasta la madrugada en el más penoso estado (sucio, lastimado, hambriento y muerto de frío). Por la mañana, cuando mosén Pascual le pide explicaciones sobre el terrible duende, mosén Bruno, en vez de deshacer el equívoco, aumenta el miedo del rector de Laspuña con los más acentuados colores, lo que deja a mosén Pascual en la mayor de las pesadumbres.

En «La lección del cura» —última de las anécdotas— se nos cuenta (estamos en noviembre de 1867 y la exacta datación nos lleva a considerar como histórico el hecho) la ayuda prestada por mosén Bruno al huido general Prim para cruzar la frontera, y lo que dos años des-

15 Esta anécdota de mosén Bruno advierte sobre la sospechosa originalidad de algunas de las historias referidas al cura de Saravillo. El tema de «Nochebuena» pertenece a la cuentística tradicional española y así lo recogen Timoneda, *Buen aviso*, n.º 9; Luis Cortés Vázquez, *Cuentos populares salmantinos*, n.º 9; Luis León Domínguez, *Los cuentos de Andalucía*, págs. 57-61; Francisco Rodríguez Marín, *Más de 21.000 refranes castellanos*, págs. 25-26, y hay versiones americanas, como la de Juan B. Rael, *Cuentos españoles de Colorado y Nuevo México*, n.º 54 y 65. Aparece romanceado en *La madrastra más honrada* (comedia suelta de autor desconocido, s.l., s.f., págs. 15 b-16 b), que comienza: Usábase en cierta villa / que aquel que puerco mataba / a los vecinos les daba / a cada uno su morcilla.... que recoge Maxime Chevalier en *Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro*, Ed. Crítica, Barcelona, 1983, págs. 378-379 y donde la situación es idéntica a la del cuento de mosén Bruno. El relato «Nochebuena» fue incluido por José García Mercadal en su *Antología de humoristas españoles del siglo I al XX*, Aguilar, Madrid, 1964, págs. 1289-1290.

pués, siendo Prim presidente del gobierno bajo la regencia de Serrano, y estando un hermano de mosén Bruno a punto de ser fusilado, ocurrió en el despacho del general en Madrid. Mosén Bruno reclama a Prim la devolución del favor que le hizo dos años antes: la salvación de su hermano. Prim le va dando cartas para el subsecretario, para el ministro de la guerra... y el cura de Saravillo las va rompiendo. Si el cura hubiera hecho lo mismo cuando el general huía a través del Pirineo, no habría podido escapar. Prim comprende la lección del cura y tomando a toda prisa un coche se dirige personalmente a gestionar la salvación del hermano de mosén Bruno.

UN CONCILIABULO ARAGONES

La figura de mosén Bruno hará acto de presencia, además, en «Para un monumento a Cavia», donde Llampayas reúne en torno a una ultraterrena hoguera a algunas de sus míticas figuras aragonesas: Pedro el Viejo, el señor de Rius y el de Tardán, el señor Superio (personajes de sus libros), a Joaquín Costa, Goya, Mor de Fuentes, Gracián, Marcial... y a nuestro mosén Bruno, todos a la espera del último recién llegado a aquella «cofradía» —que no «academia»— de inmortales aragoneses: Mariano de Cavia.

La aparición de mosén Bruno es descrita así:

«De lo más oscuro surge un cura sobre su pollino, con una mujer en la grupa. Es de complexión recia, ancho de rostro, ojos vivos, burlones y nariz roma, por donde ganguea grotescamente».

No es bien recibido por los señores de Rius y de Tardán, uno de los cuales le increpa con este desafuero:

—¡Atrás, mal cura, que para comerte en tortas a un tu enemigo, y a toda su ascendencia, sembraste en el cementerio!

A lo que el mosén responde:

—¡No hay tal, no hay tal! ¡No hay tal, que fue culpa de ésta, de la dueña, que allí les echaba trigo a las gallinas! ¡¡Farsantes!! ¡¡Mixtificadores!!

Tal vez podríamos entender en estas últimas interjecciones —de doble signo admirativo— un deseo por parte de Llampayas de desautorizar como «farsantes y mixtificadores» a los que han atribuido a mosén Bruno muchas de las historias del anecdotario popular que sobre él circulan.

En cualquier caso, a ese anecdotario, sin duda no demasiado fiel con la personalidad real de mosén Bruno, contribuyó el propio Llampayas, cuyas historias no omiten aspectos ciertamente pintorescos en relación al cura de Saravillo.

En la primera de las crónicas del libro (págs. 171 y ss.), titulada «Con *tacha* o sin ella, todas se casan», ejemplifica un caso de componenda matrimonial con otro protagonizado por mosén Bruno:

Dicen que dicen, que allá el año cuarenta y tantos, mosén Bruno Fierro, cura de Saravillo, con la prisa que tenía de casar a la Antonia, su ama o *casera*, llevósela a vistas paseándola de pueblo en pueblo hasta parar en uno de Sobrarbe, donde Juanón, mozo de arrestos, picó en el cebo con tal ansia, que, celebrados al punto los *ajustes*, quedó en ir pronto a Saravillo para consumir la coyunda. Y añaden las crónicas de aquel tiempo que entre esperar después mosén Bruno y no llegar ni carta del mozo, pasaron los días y transcurrió un mes, y alarmóse el cura, y que, al fin, creyéndose víctima de sus enemigos, desahogó su impaciencia escribiendo al novio en estos o parecidos términos:

«Porque te aprecio, Juanón, me duele que hayas escuchado a esas *zorrainas* de Saravillo que ahora están en Sobrarbe recolectando *olivas*. Te advierto que nunca te casarás a gusto si antes no te *bozas* bien las orejas. Ya sé que te las han llenado entre Teresa *la Grande*, de la que todo el mundo sabe que anda en malos pasos con el cabo de Carabineros, y Pepa *la del alguacil*, que por dos veces ya, en sólo dos años, ha tenido que ir a Zaragoza para *componerse las muelas*. Y es envidia; envidia y celos; envidia, porque Antonia es honradísima, te lo aseguro, y celos, por las cuatro onzas que le doy, pues ya sabes cuánto me gusta favorecer los matrimonios de buena ley. Y éste lo será, Juanón. ¡Si vieras la voluntad que en ti ha puesto ella, la cordera! Como que las carnes se le van en suspiros. Créeme; no seas *fato*; dile a mosén Cruz que te arregle los papeles, y sube corriendo».

Parece averiguado que al fin Juanón casó con la Antonia; pero no sin que antes mosén Bruno aumentase, por razón de la «*tacha*», cierta o no, en tres onzas la dote, una onza más por cada año de servicios.

Según Llampayas, este caso «la tradición lo conserva por tratarse nada menos que de mosén Fierro», pero era práctica común.

Aún aparece citado nuestro personaje en la crónica que Llampayas dedica a Joaquín Costa con motivo de su fallecimiento (págs. 189 y ss.), en la que compara tres figuras que el pueblo hace semejantes «en apariencia», Costa, mosén Bruno y el señor de Tardán: «Solo que mosén Bruno —dirá Llampayas— fue el socarrón; el señor de Tardán, el orgulloso; y Costa será siempre el justiciero».

Mosén Bruno, el socarrón, queda así fijado para la leyenda popular en la pluma de José Llampayas. De lo que fuera su personalidad auténtica, su biógrafo futuro habrá de decirlo.